

# PAPIRO

Día 10

Calculando Pi

*Londres – Inglaterra.*

Ferdy despertó en plena madrugada, bañado en sudor. Por un instante, la fiebre lo desorientó por completo. Incapaz de dormir y obsesionado con el círculo de Ahmes, se levantó y revisó de nuevo el problema 50. Decidió calcular el área del círculo usando el método descrito en el papiro, con la esperanza de obtener una aproximación de la relación entre la circunferencia y el diámetro. Tras realizar algunas operaciones obtuvo el número 3.160493827, conocido como el Pi de Ahmes.

«Si esto es lo que las siete hijas de la diosa Hathor recibirán del círculo de Ahmes, entonces ahora debo restarle lo que está en la Piedra», reflexionó.

Revisó de nuevo las medidas de la Piedra, en busca de un resultado similar a este número. Probó diversos métodos: multiplicó sus lados, como si fuera un objeto regular, pero no lo encontró.

Intentó después con su peso, y tampoco tuvo éxito. Sin embargo, algo le decía que iba por buen camino y que tendría que seguir probando combinaciones hasta dar con el número que más se aproximara...

Había momentos en los que sentía que se acercaba al objetivo, para darse cuenta enseguida de que era una ilusión. Se atrevió a probar con toda constante conocida; incluso observó que la relación entre las fracciones del Ojo de Horus y el área del círculo de Ahmes parecía más que una coincidencia.

Ferdy no podía evitar pensar que estos conceptos matemáticos escondían un patrón que nadie había logrado descifrar por completo. Si lo lograba, sería un descubrimiento histórico, ¡realizado por un jubilado! Este pensamiento lo motivó a seguir, a pesar de que la fiebre ya lo había debilitado.

Cada cálculo errado no solo lo frustraba, sino que le recordaba las promesas incumplidas y la presión que su hija cargaba en Egipto. Si no encontraba la respuesta, no solo fallaría él, sino que todos lo harían.

Continuó intentándolo durante horas. El cansancio empezó a debilitarlo, y un creciente malestar en la boca del estómago, provocado por la inanición, lo aquejaba con más frecuencia. A pesar de ello, se concentró al máximo; tan absorto estaba en su tarea, que no se percató de que había comenzado a anochecer.

Su cuerpo le suplicaba rendirse, pero su mente, dominada por la obsesión, le exigía seguir adelante sin importar la hora ni lo que ocurría en el exterior. La fatiga lo doblegaba, y un intenso calor recorría todo su cuerpo. Realizó más cálculos y, justo antes de que su cuerpo cediera al agotamiento, un patrón emergió en su mente, un eco lejano de los antiguos razonamientos.

«La clave está en...», murmuró, antes de que la oscuridad lo envolviera. Poco después, vencido por el agotamiento, cayó rendido sobre la mesa de trabajo.

Su rostro mostraba no solo el cansancio, sino el peso de otro día sin avance...

Su semblante desgastado parecía decir: fracaso.

## El Anticuario

*Shanghái – China.*

Con desasosiego, Malenty analizaba sus opciones, anhelando avanzar en la búsqueda para adelantarse a sus competidores y asegurarse de que el papiro Sermý formaría parte de su exclusiva colección de arte antiguo. Su obsesión iba en aumento y comenzaba a pasarle factura a su salud. El insomnio lo debilitaba, las píldoras ya no surtían efecto, y cada vez dormitaba más durante el día. Esta situación lo irritaba y exasperaba, pues para él, era un signo de debilidad inadmisibles.

Las horas transcurrían sin que pudiera decidirse por una opción. Decidió bajar al bar y tomar un trago para aclarar sus ideas. Se sentó en su lugar habitual, y aunque percibió que alguien lo observaba, lo ignoró. Pidió otro trago y, absorto en sus pensamientos, disfrutaba del panorama hacia el río Huangpu cuando un extraño le habló:

—¡Qué hermosa vista! Es un privilegio que pocos podemos disfrutar. Soy Karimt Levit, anticuario. Me ha dicho Zaid que busca la joya de la corona de los papiros.

Malenty, desconfiado, se limitó a asentir sin revelar información. El anticuario continuó:

—Sé de buena fuente que lo están ofreciendo en el mercado negro. Conozco a la persona que lo puede rastrear.

Karimt pidió otro trago y le ofreció un cigarro a Malenty, quien rechazó el gesto y pidió la cuenta. El anticuario insistió:

—Frecuento este bar. Si le interesa lo que le he dicho, podemos hacer negocio.

Karimt se retiró sin esperar respuesta. Malenty murmuró para sí mismo:

—Solo esto me faltaba. Parece que ya dejan entrar a cualquiera.

El Club, como solían llamarlo, era exclusivo y exigente en la selección de sus miembros. Malenty indagó sobre Karimt y, para su sorpresa, descubrió que era amigo del canciller en Londres, un amante de las antigüedades. Tras sopesar las referencias, regresó al bar y consideró que tal vez no sería mala idea escucharlo.

—Mi oferta sigue en pie —dijo Karimt al acercarse.

—¿Cuál es el precio?

Karimt dejó a un lado el cigarro, sacó una tarjeta con una cifra en dólares y se la mostró.

—¡Tanto!

—La mitad al empezar el trabajo.

—Voy a pensarlo —respondió Malenty y se retiró del bar.

Más tarde, Malenty entró a su habitación y se hundió en su sillón de piel, dispuesto a no perderse el atardecer sobre el Bund. Aunque las cosas no marchaban como esperaba, aquel momento del día aún le ofrecía un respiro.

—Siempre es bueno contar con otra alternativa —murmuró, mientras encendía su pipa ornamentada en oro.

“¿Habrás averiguado lo que está en la Piedra?”, pensó al contemplar el ocaso. Había decidido esperar a que Daryl diera señales antes de negociar con Karimt. Esta vez, el ocaso no le brindó el remanso de paz esperado.

## Confidencial

*Luxor – Egipto.*

Los transeúntes volteaban a verlos sin atreverse a intervenir. En pleno centro de la ciudad, afuera de uno de los cafés más concurridos, la chillona voz de Burn llamaba la atención. Al levantar los brazos para sujetar al sacerdote copto, dejó al descubierto su arma corta. Había confiado en él, pero...

—¿Le dejaste el fragmento? —preguntó Burn mientras lo zarandeaba.

—Sí —afirmó el sacerdote; su voz denotaba miedo.

—¡Ése no era el plan! —exclamó Burn—. Hay que recuperarlo. Es confidencial.

—Era la única forma de interesar al Papa —se justificó el sacerdote, y le mostró un papel.

—¿Lo copiaste? —dijo Burn, guardándolo.

—Sí —afirmó el sacerdote y se alejó del lugar.

Burn quería sacar el mayor provecho y estaba jugando un doble o sencillo. Además de ofrecerle el intercambio a Daryl, también estaba negociando en el mercado negro. Pensaba que si no conseguía el código para abrir la bóveda, al menos obtendría una buena cantidad de oro por los fragmentos y trataría de cumplir, a la vez, con otro de los encargos: invitar al Papa de Roma a Alejandría. Aunque Zaid le había dicho que tenía prioridad sobre todo lo demás, ignoraba el motivo o la importancia de esta invitación.

Después de revisar la copia del fragmento y guardarla en su bolsillo, Burn se dirigió al campamento en busca de Daryl. Le urgía saber si ya había encontrado lo que estaba en la Piedra.

—Burn, ¡qué sorpresa! —dijo Daryl al verlo.

—No es visita social —respondió Burn—. ¿Lo hallaste?

—Todavía no, pero ya están trabajando en ello —contestó distraídamente Daryl.

—¿Están? —preguntó incrédulo Burn.

—Es de confianza —contestó Daryl al darse cuenta de su error—. Es el padre de Amy.

—Te dije que era confidencial —le reclamó Burn, encolerizado.

—No hay problema —dijo Daryl y, buscando tranquilizarlo, le ofreció una silla.

—¡Más te vale! —exclamó Burn, arrojando la silla hacia un lado.

Amy estaba a poca distancia de ellos y al ver esto, se acercó a Daryl y le preguntó:

—¿Estás bien? —mientras miraba con recelo a Burn, quien le dijo—: Esto es entre nosotros, no te incumbe.

Amy, tratando de aligerar la situación, le contestó:

—Por favor, déjanos solos.

Burn se quedó perplejo, no esperaba esa respuesta. Tras un instante de desconcierto, reaccionó, giró hacia Daryl y, justo cuando este se alejaba, añadió:

—Recuerda lo que te dije.

Todo esto no era más que un juego para Burn. En este negocio, la lealtad era un lujo que nadie podía permitirse. Si Daryl fallaba, él aún tendría su carta bajo la manga: la copia. En el fondo, todo era una apuesta calculada.

Amy y Daryl se quedaron pasmados, viendo que Burn se marchaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Amy, preocupada.

Daryl contestó lo más breve que pudo:

—Un malentendido... —y añadió—: Solo eso.

Sin embargo, al ver la expresión en el rostro de Amy, supo que ella sospechaba que había algo más. Para tranquilizarla, simplemente le dijo:

—Le conté lo de tu padre.

Ella, atónita, inquirió:

—¿Y por eso se molestó?

Daryl, ocultándole que Burn le había dicho que el trato era confidencial, le contestó:

—Sí.

A pesar de la respuesta, Amy sintió la zozobra de lo desconocido. Sin embargo, abrazó a Daryl, quien, convencido de que ella confiaba plenamente en él, le susurró al oído:

—Todo va a salir bien, Amy, te lo prometo.

Daryl se enredaba cada vez más en sus mentiras. Aunque Amy lo aceptaba tal como era, eso pendía de un fino hilo que estaba a punto de romperse.

Amy tenía dos opciones, quedar atrapada en la telaraña o descubrir el juego de Daryl a tiempo.

---

Fernando Perales

